



# Con León Felipe, pronto hará 50 años

por Wenceslao Roces

Creo que fue en 1920. El año del atentado contra Eduardo Dato, uno de tantos políticos mediocres y crueles de la monarquía. (Hoy, sobre el fondo tenebroso de la España de Franco, casi se nos antojan estadistas insignes.) Acababa yo de llegar a Madrid de mi nativa Asturias, para cursar el doctorado en Derecho. Me alojaba en la Residencia de Estudiantes, una especie de monasterio laico para frailes y novicios de la cultura, allá en las alturas del Hipódromo, entonces a extramuros de la ciudad. Intento generoso —no quiero ser injusto—, aunque divorciado de la vida real. Muy agradable, muy luminoso, muy aséptico. Pero los muchachos —entonces, lo éramos— nos dábamos cuenta de que aquello tenía muy poco que ver con la bronca realidad de España. Ibamos a buscar a otros lugares —saltando algunas noches la verja “conventual”— el contacto con la vida española, cuyas voces no llegaban a la alto de nuestra acrópolis del espíritu. Ibamos, sobre todo, a las tertulias de los cafés, a las mesas de las casas de huéspedes y a la “Cacharrería” del Ateneo.

Así caí yo en la “Vicaría” del Café Universal —viejo, humoso y clamoroso café de bancas de peluche, negras de mugre, a la entrada de la Puerta del Sol—, donde conocí y comencé a querer a León Felipe. Aquella peña o tertulia era algo muy particular. No se rendía culto en ella a ningún santón político o literario. La “Vicaría” no tenía nada de cenáculo intelectual.

Había allí estudiantones fósiles que llevaban años sin saludar las aulas, malviviendo con las pocas pesetas del estipendio de sus padres, labradores extremeños. Curas sin misa y toreros sin contrata. Jefes de negociado hastiados del aire mefítico de sus covachuelas. Y, en medio de todo aquello, en mesocrática hermandad que borraba todas las jerarquías, magníficos valores intelectuales —grandes promesas unos, otros tristes frustraciones— comidos por la bohemia de la desesperanza y la protesta, en que se barruntaba claramente ya la crisis de una sociedad

agónica, la de la España de Anual y de la monarquía.

Iba por allí un extraordinario escultor muy joven, Madariaga, que moriría enseguida, tuberculoso, en medio de la mayor miseria. Un estupendo musicólogo asturiano a quien en broma llamábamos “el Gaitero”, Eduardo Martínez Torner, muerto en Londres, en el exilio. Y un brillante intelectual y escritor, José Pérez Bances, gran conocedor de la lengua y la filosofía alemanas, que se pasó largos años estudiando filosofía del derecho, para acabar, decepcionado —sin haber obtenido la cátedra universitaria a que tenía derecho—, de redactor del *Heraldo de Madrid*. De vez en cuando, meteóricamente hacía su aparición en la tertulia, como elemento de enlace o postillón entre ella y otras, trayendo y llevando chismes, uno de los hombres más ingeniosos y chispeantes que yo he conocido, Paco Vighi, palentino, cuyas anécdotas llenarían un libro entero.

En muchas y muy altas cátedras habría yo de cursar, a lo largo de una vida inquieta. Pocas de tan genuino humanismo español como la de la “Vicaría”.

León Felipe transitaba entonces por la treintena. Estaba ya calvo, pero aún no lucía su barba rabínica. Sus gafas macizas de carey fueron —con las de don Ramón— de las primeras que yo vi. Recuerdo su faz blanca y carirredonda, sin la traza profética que le daban los años y la cólera. Tampoco completaban entonces su atuendo los dos atributos posteriores del pastor ecuménico: la cayada de bambú y el chaquetón de pana.

A ese periodo de León y de nuestra España —al periodo de la bohemia madrileña de los veintes— corresponden estos



*Versos y oraciones de caminante*, que ahora vuelven a cantar, buscando a los lectores del pueblo universal, bajo el cielo de México. Eran, entonces, la voz sencilla, humana, de la luz y la esperanza frente a las mentiras engoladas, retóricas, de una España oficial que pronto se derrumbaría trágicamente. El gran poeta de lo más auténtico del español y del hombre estaba ya ahí, en uno de sus mejores acentos. Lo profético, lo apocalíptico vendría después con el éxodo y con el llanto, cuando corriera la sangre del gran crimen.

Las circunstancias de la publicación del libro —recuerdo muy bien la primera edición, un libro pequeño, en papel “pluma”— guardan cierta armonía con su contenido y con el mensaje del poeta. Estábamos todos entusiasmados con los versos de León. Yo me los sabía casi todos de memoria. Se los recitaba a mis amigos, como ha recordado Rafael Giménez Siles, que ahora, en esta nueva cita mexicana, los reedita. Humanizaban en mí aquellos ceñudos dogmas del Derecho romano que atormentaron mis años mozos. Había que reunir el dinero —unas quinientas pesetas— necesario para publicarlos. Pero, ¿cómo? Entre los pocos y pacatos editores de la España pobretona no se cotizaba aquella literatura.

Yo tenía un amigo, tendero y tabernero en la castiza calle de Torrijos. Se llamaba don Bernardino Higuera; su nombre debe quedar asociado, en justo homenaje, a esta nueva salida de los *Versos y oraciones*. Era, como el personaje de la *Verbena*, “un honrado hijo del pueblo de Madrid”. Sin haber leído jamás una poesía —ignoro si sabía siquiera leer—, se vio convertido inopinadamente en mecenas de un gran poeta. Aportó trescientas pesetas para la extraña aventura, en préstamo amistoso que nunca, naturalmente, le fue restituido. Se dio por muy bien pagado cuando, con el mandil verde a rayas de los taberneros de Madrid, sobre el mostrador reluciente de cinc del bar, mostraba orgulloso el libro a sus parroquianos.

Las doscientas pesetas restantes se reunieron como se pudo. Todos los tertulianos, curas, toreros, jefes de negocio salidos de quicio, estudiantes a pique y profesores futuros o frustrados, escarbamos nuestros bolsillos. Seguramente será yo el único de los “empresarios” que, a la vuelta de cerca de cincuenta años, en este México tan nuestro por ser nosotros tan suyos, tiene la inmensa fortuna de ver qué rendimiento tan esplendoroso arroja aquella sabia inversión encabezada por don Bernardino.

Empezó a sonar así por los caminos del mundo la maravillosa música de este violín portentoso, todavía joven y entero, mientras cante. Y cantará siempre, aunque la coquetería dramática, bíblica y hamletiana de nuestro gran León quiera hacernos creer que es ya un “viejo y roto violín”.

Introducción a *Versos y oraciones de caminante*. Colección Málaga, S. A. Biblioteca León Felipe.